

pues nadie puede consentir que sea injustamente insultado un hombre digno, etc., etc.»

Bartek ni siquiera sospechaba la tempestad que iba formándose sobre su cabeza. Deseaba que le mandaran comparecer ante un tribunal de justicia, pues allí prevalecía el derecho. ¡Habían golpeado á su hijo, y cuando personalmente y en su calidad de padre fué á pedir explicaciones, osaron atacarle y le insultaron! Además los alemanes se le echaron encima. Le obligaron á defenderse. Le tiraron piedras, una de las cuales fué á darle en la cabeza. ¿A él? ¿A Bartek, el hombre del día, el vencedor de Gravelotte, el que habló con Steinmetz, y ganó muchas y envidiables condecoraciones? ¿Cómo los alemanes podían olvidar tantas proezas? ¿Cómo Oscar Boege osaba afirmar que aniquilarían á los polacos, soldados fieles que lucharon contra Francia con bravura sin igual?

Ni se le ocurrió dudar de su triunfo: la justicia conocería sus servicios, el brillo de sus gloriosos hechos de armas. Si necesario fuese, Steinmetz vendría á defenderle...

Un día varios policías se detuvieron á la puerta de la casa de Bartek. Iban armados, quizás por temor de fuerte resistencia. Se engañaban: Bartek no pensó en resistir. Le mandaron sentarse en un coche, y él obedeció tranquilo, mientras Magda gritaba llorando desesperada:

—¿De qué te sirve haber vencido á los franceses? ¡Te llevan preso! ¡Esta es la paga que da Alemania!

—Tranquilízate, Magda; la dijo Bartek sonriendo. Sabré demostrar que obré legalmente.

Y cubierto el pecho por las numerosas cruces ganadas en buena lid, presentóse al tribunal, digno, altivo como un triunfador. Los jueces lo recibieron con innegables muestras de amabilidad y deferencia. Admitieron circunstancias atenuantes, gracias á las cuales la condena se redujo á tres meses de prisión, y á pagar en concepto de indemnización 150 marcos á la familia Boege.

Bartek, temblando de cólera, dirigió al tribunal amargos reproches. ¡Qué! ¿Acaso el Estado olvidaba sus múltiples servicios y hazañas gloriosas?

Menester fué, para obligarle á callar, amenazarle con nueva condena por insultos al tribunal del imperio.

¡Bartek encerrado en la cárcel recordaba las glorias pasadas, los triunfos de Gravelotte, Sedán y París!

Sería faltar á la verdad decir que no hubo quien protestase de tan arbitraria sentencia. Algunos polacos, miembros del Parlamento, expusieron en una sesión los malos tratamientos de que eran víctimas sus compatrio-

tas. El heroísmo del regimiento de Posen, merecía que aquel pueblo de valientes soldados fuese tratado con equidad. Afirmaron que Oscar Boege abusaba del cargo de maestro de Poguembin, imponiendo bárbaros castigos á los niños polacos y permitiéndose insultarlos.

Durante esta discusión caía pausada la lluvia, y triste niebla se extendía monótona y densa: los miembros del Parlamento bostezaban y se entró á la *orden del día*.

Bartek seguía en la cárcel, ó mejor en la enfermería de la cárcel: la piedra que recibió en la cabeza fué causa de que se abriese una herida ya cicatrizada.

Cuando la fiebre no le anonadaba, y cansado de soñar delirios recobraba la plenitud de su razón, comprendía que era inútil, completamente inútil, haber muerto tantos franceses.

Magda sufría viendo aumentar sus apuros. Vencían plazos, debía pagar intereses. ¿A quién pedir dinero?

El cura de Poguembin se lo prestara gustoso, pero la caja del buen sacerdote estaba vacía. Su parroquia era muy pobre. Oscar Yarzinski, el caritativo señor que indudablemente se lo regalara, estaba ausente. Susurrábase que se hallaba en Berlín entretenido haciéndolo la corte á una joven virtuosa y bella. La pobre Magda no sabía qué ha-

cer. ¿Vendería el caballo ó la vaca? Se acercaba el tiempo de la recolección, y luego necesitaria aquellos animales. Retorcíase las manos desesperada. Pidió una prórroga. Enumeró los gloriosos servicios de Bartek. Dijo que antes de la guerra, cuando su esposo trabajaba en el molino, nunca dejaron de pagar cuanto debían.

Y nada, la miraban, la compadecían y callaban. Suplicó á amigos y á vecinos: la guerra les había empobrecido. No se atrevía á presentarse ante Justo el usurero, porque no podía pagarle ni siquiera parte de los intereses adeudados. Pero Justo fué quien se presentó ante ella.

Estaba un día sentada junto al lindar de la puerta, mano sobre mano, extenuada por los múltiples sufrimientos, mirando las moscas que revoloteaban en el aire, y enviando su felicidad.

—¡Dios mío! gritó de súbito...

Tras la empalizada apareció la alta figura, el rostro delgado, la nariz larga de Justo el usurero. De sus labios colgaba la pipa. Al ver á Magda la dijo:

—¡*Morgen!* (Buenos días).

—¿Sigue V. bien? preguntó Magda.

—¿Y mi dinero?

—¡Ah! mi buen señor, tenga V. un poco más de paciencia. Soy una pobre mujer, han aprisionado á mi esposo. He de pagar la

multa que el tribunal le ha impuesto, y estoy desesperada. ¡Si quisiese esperar, mi buen señor!

Y Magda llorando, besaba la ruda mano del usurero.

—Dentro de breves días llegará Oscar Yarzinski; él, que es un santo, me dará dinero y saldará esta cuenta.

—¿Cómo pagarás la multa?

—No sé; el único medio es vender la vaca.

—Si quieres te prestaré otra cantidad.

—¡Que Dios le bendiga, mi buen señor! aunque protestante tiene V. excelente corazón. ¡Si todos los alemanes fuesen generosos como V.; mis labios, que no se cansan de maldecirlos, los bendecirían sin cesar!

—¿Crees que te presto sin interés?

—No, ya lo sé...

—Bueno, pues, arreglaremos la cuenta de lo adeudado.

—Entendido, mi buen señor. ¡Dios le bendiga!

—Te espero en la ciudad: no olvides los papeles, y cuida que estén en regla.

Magda visitó al cura pidiéndole consejo. ¿Qué podía decirle sino que el plazo era muy breve y muy alto el interés? Mucho sintió que Oscar Yarzinski estuviera ausente: él la sacaría de apuros. Magda no podía esperar, y aceptó las condiciones de Justo.

Tomó prestados trescientos *marcos*, can-

tidad igual al doble del importe de la multa adeudada. Necesitaba dinero para la conservación de la mísera choza. Bartek debía firmar el recibo. Magda fué á visitarle y le pidió firmara, á lo cual accedió.

El Victorioso parecía otro hombre: triste, flaco, abatido y preso el corazón de cruel desengaño.

Apeló contra la sentencia, y la apelación fué rehusada.

—¡Ay! decía á su esposa, ¡confieso que me engañaba!

Magda le contestó:

—Boege atormenta de mil maneras á Frank. Fuí á verle, y me dijo: «Los alemanes son dueños de Posen y no temen á nadie.»

—¡Es verdad! ¡son los más fuertes! contestó Bartek con triste acento.

—Soy una pobre mujer, pero afirmo que Dios es el más fuerte.

—Y El, añadió Bartek, es nuestra única esperanza.

Quedaron un momento silenciosos; luego Bartek preguntó:

—¿Cómo pagaremos á Justo?

—Si Dios nos da abundante cosecha, la solución es fácil; además confío que Oscar Yarzinski nos ayudaría. Dícese que está próximo á contraer matrimonio con una joven muy rica.

—¿Volverá pronto?

—¡Quién sabe! En el castillo afirman que dentro corto plazo llegará acompañado de la que ha de ser su esposa. Los alemanes han invadido Poguembin y la ciudad. Son muy numerosos y nos tratan... ¿Cómo pagar á Justo? El documento que hemos firmado nos pone á su disposición; si no pagamos, nuestra casa es suya. Justo es mejor que los demás alemanes. Pero ante todo mira sus intereses, y estoy cierta que no nos perdonará un céntimo, pues nunca lo ha perdonado á nadie. ¿Cómo no comprendí el por qué me ofrecía dinero? ¿Qué hacer? ¡Habla, hombre, habla! Tú que venciste á los franceses, ¿qué harás cuando no tengamos techo que nos cobije, ni un mendrugo de pan que nos salve del hambre?

El vencedor de Gravelotte anonadado oprimíase la cabeza con ambas manos, y murmuraba:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Magda tenía excelente corazón: el dolor de Bartek la entristeció y dijo:

—No te apures. Si Dios nos da buena cosecha todo se ha salvado. Y la espero: el trigo crece ufano; las lluvias lo protegen, y además nuestra tierra no es alemana. Ella no engaña, es agradecida; mientras luchabas la cultivé lo mejor que supe: pagará mi trabajo dándonos trigo abundante.

Y añadía sonriendo á través de las lágrimas:



Magda tenía excelente corazón: el dolor de Bartek la entristeció y dijo: —No te apures

—¡Porque nuestra tierra no es alemana!

—¡Magda! exclamó Bartek mirándola conmovido, ¡Magda!

—¿Qué?

—Tú eres... eres...

Embargaban á Bartek emoción profunda y agradecimiento vivísimo, pero no acertaba á expresar lo que sentía.

